

*** LA VIOLENCIA EN
COLOMBIA**

Herman Jiménez Carvajal

* Conferencia dictada el 25 de agosto de 1.988 en el auditorio Guillermo Jaramillo Barrientos de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín.

INTRODUCCION

Siempre que en nuestro medio se habla de "la violencia" nos referimos casi instintivamente a ese período de nuestra historia comprendido entre el nueve de abril de 1948 y los inicios del frente nacional diez años después. Es como si quisiéramos circunscribir a un espacio reducido de nuestra vida nacional lo que de hecho ha sido una de las características más sobresalientes de toda nuestra trayectoria histórica.

Pero es inútil el sofisma de distracción: Ese hecho reciente de nuestra historia violenta no es más que un capítulo de una tragedia interminable a la que, parece, hemos terminado por habituarnos.

Sería un error pensar que la violencia es un fenómeno exclusivo de Colombia. La historia entera de la humanidad está llena de guerras y de toda clase de conflictos sangrientos entre los hombres y los estados.

No basta un enfoque, llámese sociológico, político o antropológico, para comprender el fenómeno de la violencia en Colombia. Todos esos puntos de vista deben combinarse, recurriendo, además, a un análisis histórico. Los pueblos, las naciones y los estados no aparecen como por encanto de la noche a la mañana; y su carácter sólo se conforma en el lento devenir de los siglos. Es así como si hoy tenemos que reconocer que somos una sociedad inusitadamente violenta en un mundo que se

precia de ser "civilizado", no tenemos más remedio que indagar en todas las direcciones para intentar comprender la dolencia que nos aqueja. Y una de esas direcciones es el pasado, la historia, la que muchas veces -no siempre- nos ofrece las llaves del presente.

Por estas consideraciones he decidido tratar el tema de la violencia en Colombia en dos partes: la primera será un ENFOQUE HISTORICO y la segunda un análisis de LA VIOLENCIA ACTUAL.

PRIMERA PARTE: ENFOQUE HISTORICO

Lo que más impresiona a los observadores venidos de fuera, es la violencia hoy generalizada a todos los niveles de nuestra sociedad; guerrillas, delincuencia común, represión oficial, guerra a muerte entre grupos mafiosos, secuestros, extorsiones, asesinatos; en fin, toda una gama de actos violentos que se han vuelto parte de nuestra vida cotidiana; con los cuales nos hemos acostumbrado a vivir. Afirmo que la violencia es un elemento permanente del subconciencia colectivo de los colombianos. Un elemento sico-político que se ha impregnado a nuestro carácter nacional a lo largo de una evolución que se hunde en la noche de los tiempos.

Cuando los españoles llegaron a América, existían en estas tierras culturas milenarias de cuya historia política e instituciones tenemos apenas informaciones fragmentarias e incompletas. Recogiendo la tradición oral, algunos de los más importantes cronistas de la conquista como Cieza de León, y Fernández de Oviedo nos cuentan que las comunidades aborígenes de estas tierras eran de carácter muy violento: eran frecuentes las guerras entre las tribus que vivían en nuestro territorio, y, junto a la práctica del canibalismo, como muestra suprema de ferocidad guerrera, sabemos que el trato que se dispensaba a los prisioneros de guerra era cruelísimo.

Los castigos que se daban a los ofensores de las normas tribales, así como los sacrificios humanos en sus ceremonias religiosas nos dan también una idea de su carácter violento.

Sobre este fondo cultural y humano reposaba un sistema político similar al que más de mil años antes había desaparecido en el viejo

continente; Colombia era habitada por multitud de tribus que disponían de una estructura política propia, independiente y soberana. Apenas si vemos en nuestro territorio un reino de magnitud importante; fue el de los Chibchas que se extendía desde el Altiplano Cundiboyacense hasta las cercanías de lo que hoy es la ciudad de Cúcuta. El resto del país era poblado por tribus que no sólo eran independientes las unas de las otras sino que además se combatían entre sí -circunstancia esta habilmente explotada por la estrategia militar del conquistador- Quimbayas, Katios, Senúes, Pansenúes, Caribes, etc, etc, constituían no sólo grupos étnicos y culturales diferentes, sino que incluso al interior de cada grupo las diversas tribus obedecían a un jefe; especie de monarca tribal prehispánico.

Esta autonomía política propia del sistema tribal tenía un origen sin duda milenario, al menos en lo que al territorio del Norte y Occidente de Colombia se refiere. Por supuesto la antigüedad de esas instituciones debió crear en aquellos pueblos una aguda conciencia de su soberanía frente a otras organizaciones políticas, y una conciencia de su propia autoestima.

Frente a este panorama que desde el punto de vista de las instituciones políticas puede parecerse arcaico, se presenta súbitamente el ocupante europeo, armado de caballos y arcabuces, dispuesto a conquistar tierras, convertir infieles, aunque fuera por la fuerza, y de paso llevarse algunos bienes muebles como el oro y la plata. No podemos dejar de reconocer que la conquista española fue, desde el punto de vista de los aborígenes, una violación. Violación total de sus derechos, de sus instituciones, de sus tradiciones. La conquista no se hizo con consejos o con argumentos. Se hizo literalmente a sangre y fuego; fue una guerra de más de setenta años, cuyo primer resultado aparente fue la traslación a América de la cultura hispánica; o, la germinación de la cultura hispanoamericana. Otro resultado menos aparente, fue el resentimiento de las poblaciones aborígenes sometidas por la fuerza. Los indios tuvieron miles y hasta millones de mártires en esa contienda. Ese resentimiento de los miles y miles de hermanos, hijos, padres, amigos y familiares que cayeron víctimas de un agresor que militar, cultural y socialmente los aplastó, es un sentimiento latente en nuestra nacionalidad y en otros países Latinoamericanos.

Hasta la iglesia, de cuyas intenciones no nos es permitido dudar, aportó su grano de arena en esta acción violenta contra los aborígenes en la medida que combatía la idolatría de los indígenas, con los mismos métodos que el Imperio Español utilizaba en Europa para combatir a los herejes, a los que hoy se llama protestantes.

Pero hay más que decir a propósito de esta guerra de conquista: Nuestros conquistadores no eran tampoco hombres que llegaran de pueblos pacíficos; en primer lugar porque los europeos nunca lo han sido, y en particular, porque como sabemos España al descubrir a América venía de sostener una guerra de casi ocho siglos contra los ocupantes árabes de la península. La guerra y la violencia eran también, desgraciadamente, lo propio de la cultura hispánica.

Simultáneamente con la conquista, los españoles libraban en Europa grandes batallas en su intento por contener la reforma protestante. Era un mundo en crisis de legitimidad y por lo tanto de unidad. El imperio sostenía simultáneamente, guerras externas, desórdenes internos y guerras de conquista. Era un imperio guerrero por excelencia.

Y a todo se suma otro elemento esencial de nuestra cultura: Otra violación; esta vez la de Africa que aportaría durante cerca de tres siglos la mano de obra esclava para el desarrollo de la riqueza de este continente. Cualquiera puede imaginarse la violencia implícita en la esclavitud y no es necesario extenderse en explicar esto.

Ya está configurado el panorama inicial de nuestras clases sociales. Los de arriba, españoles o descendientes de españoles y los de abajo, indios, esclavos, mestizos, mulatos, zambos, o cualquiera otra denominación -siempre peyorativa- que se les de.

Clases que inicialmente estaban nítidamente distinguidas por su misma configuración racial.

Los de arriba, administradores de la autoridad real; dueños o usufructuarios del poder; poseedores de títulos nobiliarios, de cédulas reales que los acreditaban como dueños legítimos de todas las buenas tierras; dueños de la riqueza, de la cultura y del prestigio. Los de abajo, dueños de nada o casi; apenas buenos para ser peones y para realizar las faenas

que los amos detestaban hacer, porque como dice Jaime Jaramillo Escobar "Los señores dicen, no hagas por ti mismo lo que puedan hacer los demás". En la conciencia del pueblo, que legitimidad distinta de la fuerza -que es precisamente lo opuesto a la legitimidad- podía tener la autoridad que ejercían los de arriba ?

De allí se desprende un corolario que tendrá resonancias en nuestra historia: Toda autoridad es en principio enemiga del pueblo y representante de los intereses de los de arriba y sólo de los de arriba. La consecuencia lógica que se desprende en el plano de las realidades políticas es la de la lucha permanente, abierta o soterrada contra toda forma de autoridad.

Sin embargo, la paz y concordia que vemos a lo largo de casi todo el siglo XVIII parece contradecir este desolador panorama. Tal vez paz, pero no concordia. Llamémosle más bien letargo. El que produce la dominación aplastante de unos sobre otros que se encuentran en la imposibilidad de resistir. Entre otras cosas porque ya hace tiempo que han perdido hasta la conciencia de su identidad y de sus derechos.

De repente, a finales del siglo XVIII el Imperio español en América empieza a convulsionarse. Manco Capac se alza en el Perú y al ser derrotado se le obliga a presenciar el suplicio de su mujer y sus hijos antes de que cuatro caballos lo descoynten. En las provincias de Antioquia y El Socorro los comuneros se levantan contra la autoridad real. El motivo son los excesivos impuestos. Pero allí vemos la aparición en nuestra escena política, de una nueva clase social: Los criollos pobres. Descendientes de españoles excluidos de los privilegios de los de arriba, pero todavía muy distantes del sentir y de la opresión sufrida por los de abajo. Esta especie de clase media colonial demostrará todo su potencial revolucionario en los años siguientes, utilizando de paso a las clases bajas de nuestra sociedad en la lucha por sus propias reivindicaciones políticas.

Después de 1780 vemos aparecer esa forma de acción subversiva que fueron los palenques. Asociaciones de negros que preferían correr el riesgo de combatir a muerte por su libertad a seguir siendo esclavos. Y los vemos exiliarse hacia las tierras más apartadas e inhóspitas de nuestra geografía para poder encontrar alguna paz. Esta forma de resistencia contra la imposición esclavista se desarrollará sobre todo en la costa

atlántica, pero la resonancia de su significado revolucionario recorrería todo nuestro territorio, minando la legitimidad del sistema y acrecentando las expectativas y ansias de libertad de los negros.

Sobre todo este contexto histórico, político y social se levanta el gran drama de nuestra guerra de independencia. Verdaderos revolucionarios como Bolívar, Sucre o Córdoba, supieron aglutinar las masas populares alrededor de los ideales de independencia y libertad. Pero previamente se habían operado acontecimientos de la mayor importancia en nuestra vida nacional. El saber oficial, casi podría decirse que el saber eclesial, era cuestionado de una forma imprevisible por los participantes de la Expedición Botánica que, para desgracia del Imperio español no se limitó a clasificar nuestra fauna y flora, sino que difundió todo el pensamiento europeo de los siglos anteriores, dando origen a la formación de nuestros propios científicos y al surgimiento de una actitud más crítica frente a todas las instituciones políticas y sociales. Es el preludio del escepticismo; del cuestionamiento de la autoridad que tenía el monarca español para disponer de estas tierras y de estos hombres. Hay en síntesis un proceso de CONCIENTIZACION de los criollos americanos sobre su situación y sobre sus posibilidades.

Pero antes de ese segundo cataclismo de nuestra historia que fue la guerra de independencia, es necesario darle un vistazo a la llamada "patria boba"; ese período comprendido entre 1810, cuando José Acevedo y Gómez a la vez que gritaba independencia desde un balcón consentía en nombrar al virrey presidente del cabildo abierto y los mejores ciudadanos de Bogotá solicitaban al rey que fuese a aquella ciudad a gobernar directamente sus provincias americanas. Por supuesto Fernando VII no abandonaría las comodidades de la corte para venirse a servir a estos súbditos americanos; máxime en un período tan turbulento en el que otras provincias, como antioquia proclamaban en agosto de 1811, hace ya casi ciento ochenta años su independencia absoluta del Imperio y de cualquiera otro poder nacional. Desde Bogotá se quería ya imponer -como finalmente lo hicieron para sumar a los desastres de este país- un sistema de gobierno uniforme para provincias que quedaban a semanas de distancia a lomo de mula y tenían un sentir muy diferente unas de otras y cada una de ellas respecto a la capital. No había, en resumen, un verdadero sentimiento de unidad nacional colombiana. El aislamiento regional en que habíamos surgido a la vida política no nos permitió tener el intercam-

bio de ideas necesario para desarrollar nuestras propias ideologías; nuestro propio sistema político. Cada región echaba por su lado sin hacer mucho caso de las opiniones o deseos de las demás. Y a esto vino a sumarse otro funesto elemento, fuente de tantos males para este país: El caudillismo. La identificación de causas políticas con un sólo hombre, como si los demás fueran incapaces de iniciativa y de pensamiento propios. Nariño y el mismo Acevedo y Gómez son ejemplos de caudillismo en la época de la patria boba. Más tarde, Bolívar, Santander, Obando, Mosquera, Ospina, Uribe, Reyes, Gaitán, etc. serían también a su manera, voluntaria o involuntariamente caudillos que nunca lograron, o que obstaculizaron abiertamente la unidad nacional.

Todos los caudillos se unen para expulsar de América a su enemigo común: el monarca español. Pero, pasada la guerra, estos caudillos armados desgarrarían al país, dirimiendo sus diferencias personales de manera verdaderamente principesca: las guerras civiles.

Pero ya el cuadro que queríamos pintar sobre el carácter de nuestra nacionalidad está hecho. Antes de la guerra de independencia todos los elementos esenciales de nuestra cultura violenta habían aparecido en el escenario. Lo que viene después es, a mi entender, la simple superposición de las naturales diferencias políticas que existen entre los hombres de distintas opiniones que viven en una sociedad, y el hecho de que esta sociedad en particular fue engendrada, amamantada y criada en la violencia.

Por ello las diferencias políticas en el siglo XIX se resuelven con guerras civiles; y en el siglo XX con esa forma de guerra subversiva de "baja intensidad" que es la acción de las guerrillas de hoy.

LA VIOLENCIA ACTUAL

Al carecer de una verdadera tradición democrática no obstante los más de cien años de nuestra constitución republicana, puesto que, como todos sabemos sendas oligarquías-oligarquías en el sentido aristotélico, es decir, preciso, de la palabra- o, mejor, dos facciones de la misma oligarquía de siempre manipulan y controlan la vida política del país al controlar a los partidos tradicionales, único conducto de acceso al poder, fuera del golpe militar, que ha existido en Colombia desde la inde-

pendencia, al carecer, repito, de tradición democrática, es decir, de verdadera participación del pueblo en las decisiones de gobierno, la acción subversiva se ha vuelto para muchos una opción de acción política. Muchos están incluso convencidos de que es la única alternativa que se les presenta.

Pero esta guerra subversiva de baja intensidad tiene una característica peculiar y novedosa: El contexto internacional actual. No sólo se trata de un enfrentamiento entre el sistema y las élites tradicionales del país contra grupos subversivos; más grave que eso, mucho más, es el hecho de que esos grupos se apoyan en potencias extranjeras que les han brindado y les brindan un apoyo logístico que legítimamente pueden hacernos temer por nuestra suerte en caso de una revolución izquierdista triunfante.

En el contexto supranacional de la lucha entre esos dos sistemas hegemónicos que son el capitalismo al modo estadounidense y el socialismo soviético, nos estamos convirtiendo, como ya le ha sucedido a centroamérica, en la zona periférica de confrontación militar, mientras las confrontaciones ideológicas, comerciales y financieras se desarrollan en otros escenarios.

La guerrilla aspira a presentarse como popular y nacionalista, pero no alcanza a ocultar sus nexos ideológicos y estratégicos con el sistema hegemónico socialista. A la realidad de violencia que se desprende del simple examen de nuestra historia, pretenden agregar la implantación de métodos todavía más violentos en la vida política, según puede inferirse de la acción que ya sus tutores han venido desarrollando en otras latitudes. Esta violencia guerrillera que encuentra fundadas causas en las circunstancias propias de nuestra sociedad, pero que está orientada por objetivos estratégicos que se decidieron hace muchos años a miles de kilómetros de nuestro país, hace pensar que sólo se terminará de una de dos maneras dentro del esquema actual: Victoria militar. Se sigue viendo como una quimera la alternativa de una victoria política definitiva sobre la subversión, o el triunfo final del diálogo y los acuerdos sobre los fusiles.

Pero el régimen parece haber perdido su capacidad de control militar del territorio, y actualmente la partida se ve cada vez más indecisa, a pesar

de que muchos guardan una plena confianza en la capacidad del estado para dominar la subversión.

Capacidad que cada vez nos parece más mítica que real. Porque han venido a sumarse fenómenos nuevos: Desencadenada porque a todas las causas sociales, políticas e históricas de violencia que hemos mencionado, se agrega la incapacidad del estado para asegurar el cumplimiento de las leyes. En pocas palabras, eso se llama crisis del sistema: la incapacidad prolongada para asegurar los mecanismos básicos de la vida en sociedad: la seguridad de las personas como elemento esencial sobre el que descanza la vida de los ciudadanos al interior de todo estado.

La ley del dinero, con sus secuelas de corrupción de todo lo que de una manera u otra se le oponga o de destrucción de lo que no se pueda comprar, ha suplantado entonces a la LEY.

Frente a toda esta situación e interrogándonos no sin angustia por el futuro de nuestra patria, tratamos de sintetizar los componentes principales de la violencia hoy, entendiendo que sus causas son múltiples, variadas y de antiguo origen, vemos que las fuerzas en conflicto son básicamente cuatro: La oligarquía tradicional que mantiene sus privilegios incluso al precio de sacrificar la paz pública; la subversión izquierdista que so pretexto de encarnar los intereses del pueblo no duda en hipotecar nuestra independencia a la más agresiva y sangrienta de las potencias extranjeras, la delincuencia común que es simple y llanamente el crimen organizado y rampante, y el resto de la sociedad colombiana que asiste como víctima inerme a las controversias de los tres primeros.

Frente a este panorama: Qué hacer?

Una posibilidad es quedarse callado, tranquilo en casa, con la esperanza de que algún día pase la tempestad. A quienes así decidan hacerlo, debemos reconocerles que tienen el derecho a hacer lo que les parezca con su vida privada. El hombre es libre de participar o no en las luchas políticas. Sólo nos resta advertirlos del riesgo que de todas formas están corriendo: La tempestad puede terminar echándoles el techo de la casa encima.

La otra alternativa, creemos, implica combatir por algo tan simple como la Justicia. La justicia que cada hombre sabe que existe y cuya idea anida en el fondo de la conciencia de cada uno de nosotros. La justicia que no puede admitir que haya unos de arriba que todo lo tienen y todo lo deciden a su amañó, y unos de abajo que no tienen lo suficiente ni siquiera para comer. La justicia que no puede admitir que el destino de una nación se supedita a los intereses estratégicos de las grandes potencias. La justicia, en fin, que no puede tolerar que a nuestros hombres los asesinen por el delito de comportarse con lealtad.